

Cuaderno de cultura

Entrevista
a **Jordi Canal**

“Poner
la **historia**
al servicio
de la **política**
es una
perversión”

Jordi Canal Morell es historiador y profesor en la École des hautes études en sciences sociales (EHESS) de París. En 2015 publicó la “Historia mínima de Cataluña” (Turner). “Cuadernos de Pensamiento Político” le ha entrevistado con ocasión de su participación en el curso de verano FAES celebrado en El Escorial.



Fotos: Roberto Inclán



ENTREVISTA POR **JORGE DEL PALACIO**

P.- En la introducción a su *Historia mínima de Cataluña* usted dice que la historia en Cataluña tiene una dimensión y un peso muy especial. Cita, incluso, al catedrático García Cárcel según el cual Cataluña es una “sociedad enferma de pasado”. ¿Puede explicarse la historia de Cataluña con normalidad y sin prejuicios?

R.- Debería ser posible contarla con normalidad y sin prejuicios. Pero en la realidad las cosas no han sido así. Y el nacionalismo catalán tiene buena parte de responsabilidad en ello. Este ha hecho, desde su aparición a finales del siglo XIX, un uso y abuso permanente de la historia en su proceso de nacionalización de la sociedad catalana. Aunque pueda afirmarse que todos los nacionalismos sin excepción recurren a la historia para sustentar sus reivindicaciones, en el caso de Cataluña esta circunstancia llega hasta puntos de significativo delirio, como ponen de manifiesto los intentos de catalanizar a Santa Teresa, Cervantes y *El Quijote*. La magna conmemoración institucional, en 2014, del tercer centenario del final de la guerra de Sucesión constituye otra buena muestra. Ya en 1938 aseguraba Gaziél que las historias de Cataluña elaboradas desde 1870 narraban hechos reales, pero los atribuían a una entidad que era un fantasma, esto es, Cataluña considerada como un Estado. Estas historias hacían converger todos los acontecimientos hacia la necesi-

dad apriorística de obtener la plenitud de la nacionalidad catalana en una forma estatal. En este sentido, por ejemplo, la clásica *Història de Catalunya* de Ferran Soldevila, publicada en 1934-1935, no era la historia estricta de unos hechos, sino la de un deseo maravilloso urdido con ellos. Este periodista consideraba indispensable dejar de contar lo que debió ser y no fue, para intentar explicar lo que fue. Muchas décadas después, sin embargo, siguen abundando las historias a las que se les puede aplicar las críticas de Gaziél.

P.- La Historia es una ciencia social, una disciplina académica a la que se le supone objetividad. Sin embargo, también sabemos que puede convertirse en el campo de batalla donde partidos y regímenes políticos de todos los signos buscan imponer su narrativa y, con ello, legitimar sus posiciones del presente. ¿Qué ocurre cuando la Historia, como disciplina, se pone al servicio de la política?

R.- Poner la historia al servicio de la política es una perversión. Y algo nefasto para el propio oficio de historiador. Ser historiador es un oficio, con sus características propias, sus reglas, sus obligaciones y, evidentemente, sus compromisos. Como quiera que sea, el compromiso con la historia no debe confundirse, como se

El único compromiso del historiador, en tanto que historiador, es con la historia bien hecha

hizo con frecuencia nefasta en el siglo XX, con los supuestos compromisos del historiador con ideologías, sistemas o utopías. El compromiso del historiador con su oficio, con la historia, no puede identificarse ni, menos aún, subordinarse al libre compromiso del ciudadano –sea historiador o bien ejerza cualquier otra profesión– con la sociedad o con el mundo. El único compromiso del historiador, en tanto que historiador, es con la historia bien hecha. Ya sabemos que la objetividad y la imparcialidad total no existen, como tampoco existe algo que podríamos denominar la verdad, a secas y sin discusión, pero el historiador debe hacer el máximo de esfuerzos posibles para alcanzarlas, consciente de que es un imposible en lo absoluto, pero que la honestidad en su trabajo, en su oficio, le obliga a ello.

P.- En su libro afirma, así como en otras entrevistas y conferencias, que usted siempre señala que el trabajo de Vicens Vives resultó crucial para reexaminar y reescribir la historia de Cataluña en un registro moderno y desmitificador...

R.- El papel de Jaume Vicens Vives resultó fundamental para la historiografía catalana y española en general, en especial sus trabajos críticos elaborados en las décadas de 1930 y 1940. No tanto, en cambio, su *Noticia de Cataluña*, de 1954, que significó una recaída en la vieja tentación romántica.

Ni Cataluña es una antigua nación, ni fue un Estado, ni menos todavía un modelo de democracia en el siglo XVII e inicios de la centuria siguiente

P.- ¿Cómo y a través de qué conceptos clave estructura la historiografía nacionalista catalana su visión del pasado?

R.- En el relato que para el nacionalismo catalán han construido los historiadores, desde el neorromanticismo patriótico conservador de Ferran Soldevila al nacional-comunismo romántico de Josep Fontana, sin olvidar a autores como Antoni Rovira i Virgili o Jaume Sobrequés ni los precedentes balaguerianos, Cataluña constituye una viejísima nación que se dotó pronto, entre la época medieval y la moderna, de un Estado, siempre acechado por Castilla-España –el enemigo es algo fundamental en este relato, que separa el nosotros de los otros– y en vías de convertirse, a finales del siglo XVII, en un modelo de democracia. El 11 de septiembre de 1714 supuso el fin de una nación y de un Estado, revivida la primera, la nación, en el siglo XIX, con la *Renaixença* en lo cultural, y con el catalanismo y el nacionalismo en lo político; y convertido, el Estado, en los siglos XX y XXI, en una deseada e irrenunciable aspiración, a corto, medio o largo plazo. Pero, ni Cataluña es una antigua nación, ni fue un Estado, ni menos todavía un modelo de democracia en el siglo XVII e inicios de la centuria siguiente.

P.- ¿Qué papel juegan los mitos?

R.- Mito e historia se confundieron en la historia de Cataluña elaborada desde el siglo XIX. El nacionalismo ayudó a ello, puesto que mientras que la historia era necesaria para fundamentar el pasado del presente y sus reivindicaciones, el mito constituía un instrumento de conciencia y movilización. El mito ha disputado su lugar a la historia en el caso de per-



sonajes —el desdichado Jaime de Urgel, el patriota Pau Claris o el mártir Companys—, acontecimientos —el Once de Septiembre— o ideas y actitudes, desde el casi democrático pactismo hasta la intrínseca modernidad catalana. Para escribir una historia rigurosa la separación de mito e historia resulta imprescindible. No se trata, evidentemente, de eliminarlos. Tienen sus funciones. La tarea del historiador es mucho más modesta: separar el mito de la historia y poner de manifiesto las perversiones que genera su confusión. Los mitos no dejan de ser, al fin y al cabo, un objeto de historia. La historia crítica es siempre revisionista.

P.- La historiografía nacionalista pone en el centro de su análisis la idea de “nación”,

mientras que la historiografía marxista ha hecho lo propio con la noción de “clase”. En tanto que ambos enfoques reivindican el protagonismo de sujetos colectivos, ¿ha habido en la historiografía catalana una confluencia de visiones entre ambas formas de entender la historia tras la crisis del marxismo de los años noventa? ¿Podemos hablar de crisis de la historiografía catalana en la actualidad?

R.- La historiografía catalana vivió una profundísima crisis a finales de la década de 1980 e inicios de la siguiente, que llega hasta nuestros días. En las décadas de 1970 y 1980, se llevaron a cabo intentos individuales y colectivos para reexaminar a fondo y rescribir la historia catalana. Fue una época, que Enric

Ucelay Da Cal bautizó como la del frente-populismo historiográfico, en la que las maneras de hacer historia fueron revisadas y se hizo un notorio esfuerzo desmitificador. En algunos casos, no obstante, el atributo marxista o comprometido sustituyó, simple y llanamente, al nacional o patriótico. Desde la última década del siglo pasado, sin embargo, en estrecha relación con las propias evoluciones de la historiografía catalana y con las vicisitudes políticas, regresó con fuerza la historiografía patriótica. Ello resulta especialmente evidente, más que en las investigaciones sobre temas específicos, en las obras de síntesis sobre la historia de Cataluña, en los textos de divulgación en forma de libro o revista, en los textos escolares y, asimismo, en el amplio uso político que del pasado se está haciendo día tras día.

Tres razones me parecen fundamentales a la hora de intentar explicar el cambio de rumbo de principios de la década de 1990. Primero: el éxito del proceso renacionalizador pujolista y su interés en la historia, lo que generó puestos, encargos, subvenciones y ayudas varias. La segunda razón es la crisis y el hundimiento del marxismo, que lleva a muchos his-

Para escribir una historia rigurosa la separación de mito e historia resulta imprescindible

toriadores catalanes a abrazar el nacionalismo como fe o como religión de sustitución, o simplemente a retirar parcialmente la pátina marxista de sus interpretaciones para dejarlas, de nuevo, en lo que siempre fueron, esto es, un simple radicalismo menestral. El nacional-comunismo o, como aseguraba Ernest Lluch, el pujol-leninismo, constituyen el resultado de este proceso. Finalmente, la presión ejercida sobre los historiadores catalanes que se vivió en la primera mitad de los años noventa, con polémicas públicas frecuentes, pero también con la amplia circulación de panfletos anónimos –en 1993– en los que se denunciaba a los historiadores catalanes que estaban “al servicio del Estado español”, esto es, a Borja de Riquer y a Enric Ucelay Da Cal, en primer lugar, seguidos de Ricardo García Cárcel, Roberto Fernández, Josep M. Fradera, Pere Anguera y yo mismo, que no era más, por aquel entonces, que un profesor ayudante de una pequeña universidad en proceso de redacción de su tesis doctoral.

El efecto sobre los aludidos fue enorme y, también, sobre toda la profesión, que no reaccionó, sin embargo, de manera unánime. Un total de tres actitudes resultaban entonces posibles: “rectificar” e integrarse en el redil nacionalista –e incluso ejercer la práctica inquisitorial con el entusiasmo del converso y recibiendo las pertinentes recompensas–; aislarse, o bien, finalmente, resistir al vendaval y seguir defendiendo una historia libre y abierta y no dominada por las imposiciones del nacionalismo. Desde entonces la historiografía catalana vive una profunda crisis, que en parte es un reflejo de la crisis de la propia Cataluña. ■

PALABRAS CLAVE

Historia ● Historiografía ● Cataluña ● Estado ● Nación ● Mito